



## PLÁTICA III.

EXPLICACION DE ESTAS PALABRAS DEL  
SÍMBOLO NICENO: CREO EN DIOS.

SEÑORES:

Como todas las cosas de este mundo, que perciben nuestros sentidos, nos anuncian un Dios criador y provisor del universo, y hasta los mismos cielos publican su gloria, los pretendidos espíritus fuertes de nuestros días no se atreven á declararse abiertamente por ateistas. Pero disfrazan esta impiedad baxo el capcioso nombre de deísmo. Mas el modo con que lo explican reúne los dos términos en un mismo sentido. Ellos en efecto confiesan en apariencia la existencia de Dios; pero en

sus escritos y en sus hechos la niegan, como dice S. Pablo: siendo, añade, abominables é incrédulos, y réprobos para toda obra buena.

¿Qué otro nombre pues que el de ateistas, como se explica un sabio controversista, puede aplicarse á unos temerarios é insensatos, que en sus discursos y escritos, que han multiplicado hasta lo infinito, han procurado renovar en estos últimos tiempos los delirios de Cricias, de Diágoras, de Proclo, de Juliano apóstata, de Hobbes, de Espinosa, y el extravagante sistema de Epicúro y de Lucrecio sobre la eternidad, de los átomos ó de la materia que pretenden haber formado, aunque por casualidad, y sustentado, tal como es, al universo?

“¿Qué dista semejante locura de la de sostener que la materia, aunque verdaderamente no piensa, puede no obstante pensar? ¿Quién no ve en este pirronismo una máscara

transparente del puro materialismo que abrigan en su corazón, y que pretenden disfrazar? Pues si la materia, como dicen, es capaz de pensar, y es eterna, el Sér supremo que ellos confiesan, ¿qué otra cosa será que la materia? *Confitentur se nosse Deum, factis autem negant.*"

Además, ellos protestan creer sinceramente que el Sér supremo es una pura inteligencia. Pero le niegan los atributos esenciales á su naturaleza divina. Esto en realidad es no creer en un Dios verdadero; como no sería reconocer á FERNANDO VII por Rey de las Españas, si se le contestase el soberano dominio, la legislación y el derecho gubernativo sobre sus provincias. ¿Y no es esta la idea que forman y proclaman del Sér supremo los deístas? ¡Ah! Oídos discurrir, dice un sabio. Bien presto los oíreis dudar, y en seguida negar abiertamente que se mezcle Dios en las cosas de este mundo

sublunar; que se digne cuidar de las acciones de los hombres, ni atender á sus pecados, que no son otra cosa que puras fragilidades, ni pedir cuenta de ellas, y mucho menos castigarlos por una eternidad. El mismo idioma usan acerca de las virtudes y recompensa de ellas; del mecanismo de los sentidos y de todo nuestro cuerpo, sobre lo cual no le conceden á Dios influxo alguno; como ni tampoco sobre las producciones de la naturaleza, que atribuyen á ella misma; ni finalmente sobre la administración del universo, que reservan al arbitrio de las causas segundas.

¿No es esto negar abiertamente la Providencia divina, el ejercicio del soberano dominio, el poder, la sabiduría, la justicia, la acción universal, caracteres esenciales y atributos irrefragables del Sér supremo? Combate pues el deísta la divinidad por la idea misma que de ella for-

ma; la aniquila y la niega cuanto puede. Solamente le aplica el nombre vago de *Autor de la naturaleza*, y jamas el de *Dios*, tan augusto, tan venerable entre todas las naciones. Por manera, que sin osar explicarse claramente, se descubre á sí mismo, adoptando un sistema que conduce directamente al ateismo: *confitentur se nosse Deum, factis autem negant.*

Lo peor es que el veneno mortífero que estos apóstoles de la impiedad y de la irreligion abrigan en su corazón, lo derraman sin cesar con sus discursos y escritos, con imponderable daño de la sociedad cristiana. La ignorancia y la corrupción de las costumbres ofrece la mas favorable acogida á estos delirios, que tanto lisonjean las pasiones. Y hé aqui el funesto y fecundo origen de la infinidad de prosélitos del deísmo, que Woltaire y sus secuaces han hecho en nuestros dias.

Deseando pues oponer un muro inexpugnable á este torrente de impiedad, que se derrama sobre la faz del universo, con el designio de inundarle todo, prevengamos á los fieles incautos y sencillos sobre la demencia de estos materialistas, que impugnan la verdadera idea de la existencia de Dios, cuyo brazo excelso y omnipotente vemos obrar sobre todas las cosas. Hermanos descarriados y esclavos de vuestras pasiones, ceñíos á responderme.

¿El sentimiento natural no os inspira por sí mismo en vuestras aflicciones la idea de un Dios, á quien levantaiis las manos é invocais en el momento, aunque despues le olvidais? Si tropas enemigas amenazan vuestras tierras y talan vuestros campos, decian los cristianos primitivos á los discípulos de Epicúro y de Lucrecio (que negaban la existencia de Dios como vosotros); si una enfermedad contagiosa se acerca á

vuestros hogares ; si el cielo niega á vuestras mieses el rocío saludable ; si la muerte os amenaza de cerca , ¿no os asustais al punto ? ¿no abandonais vuestra decantada firmeza y vuestra vana filosofía ? ¿No conoceis entonces el imperio de una mano omnipotente que os oprime ? ¿No son vanos todos los esfuerzos de vuestra razon para sacudir el yugo ? ¿El alma naturalmente cristiana , como se explica Tertuliano , no levanta en esta ocasion sus manos al cielo , como para pedir auxilio ? Vos ¡ó mi Dios ! signásteis vuestra luz sobre ella.

Mas esta idea , decís , es una preocupacion y puro efecto de la educacion. Decidme , os ruego , ¿vuestros padres de quién recibieron esta idea ? Subid de generacion en generacion hasta el origen del mundo , si es que lo confesais ; y si lo creéis infinito , subid hasta lo infinito , y mostradme la época en que tuvo

principio esta preocupacion , ó el tiempo en que no se conocia este Sér supremo , este Dios omnipotente , Criador del universo , cuya luz dexó impresa en nuestras almas. ¿ Pero qué digo ? ¿ La voz de la naturaleza no corresponde á la del alma ? ¿ No es indispensable confesar la necesidad de un Sér infinito , de una primer causa y origen de los demas seres ? Sin ella , ¿ quién los hubiera producido , quién los hubiera dado la exístencia ? O debemos pues negar nuestra exístencia , ó confesar al Autor primitivo de ella.

Vosotros direis con algunos pseudo filósofos antiguos y modernos , que el origen de todo ha sido el concurso casual de los átomos sobre la materia. Pero decidme : este acaso que jamas ha podido formar una iglesia , una casa , una choza , una pintura &c. sino la mano agena del artífice en la sucesion de los tiempos , ¿ cómo pudo en el principio

hacer esta admirable bóveda del cielo, estos inmensos globos de luz, presidentes del día y de la noche? "¿Fue el acaso, dice un sabio, el que formó al sol y ordenó á la tierra que presentase toda su faz para recibir de él con medida la luz, el calor y su influencia, sin lo cual no sería otra cosa la tierra que una lóbrega mansion de tinieblas, de tristeza y esterilidad? ¿Alternan por el *acaso* las tinieblas á la luz para darnos tiempo de recobrar las fuerzas por medio del sueño y del reposo? ¿Es el *acaso* el que figuró los átomos en las aguas, y el que dió á estas la propiedad de elevarse sobre nuestra atmósfera, quien las sostiene y derrama despues sobre nuestras campiñas y arboledas para hacerlas fecundas? ¿Es el *acaso* el que produce las plantas y las flores, y el que da á la tierra la virtud de conservar su germen, y hacerlas renacer todos los años á su tiempo se-

ñalado para nutricion y recreo del hombre? ¿De qué servirian los frutos, si no hubiera animales que los necesitaran, ó qué sería de los animales, si la tierra no produxese frutos para sustento de ellos? Es menester pues ser insensatos para dexar de conocer la mútua relacion de estos objetos que nos pone á la vista la infinita sabiduria y providencia del Señor, que crió y cria sin cesar uno para otro."

Pero vengamos al hombre, imagen y semejanza de Dios. ¿Es el concurso casual de los átomos quien lo produce, haciéndolo capaz de combinar, discurrir y adoptar los medios mas proporcionados á sus ideas? ¿Es el *acaso* el que forma la admirable estructura de su cuerpo; quien convierte los alimentos en leche, en carne, en sangre, en huesos? ¿Es el *acaso* el que sostiene la delicada textura de sus fibras, músculos, nervios, venas; quien dibu-

xa en él los ojos, oídos, boca y lengua? Decidme: ¿cómo en el transcurso de tantos siglos ha podido el concurso actual de los átomos conservar la uniformidad en la formación del hombre, sin que jamas háyamos visto sus ojos en los pies, su nariz en el ombligo, su lengua en el espinazo &c.? ¿Es el acaso el que formó esta infinita variedad de especies de animales, de aves, de reptiles, de peces? ¿Quién produjo la estructura interior de sus cuerpos? Difiere segun su tamaño; pero todos, así el elefante como el mosquito, el arador &c. tienen sus huesos, nervios, músculos, arterias, estómagos, hígados, corazón &c. ¿Será esta uniformidad por tantos siglos obra del concurso casual de los átomos?

Volvamos al hombre. ¿Es el cuerpo que tocamos con nuestros sentidos todo su sér? Yo veo en él operaciones que me hacen creer lo contrario. Veo que piensa, que racioci-

na, combina, que duda, que obra con arreglo á sus miras, y que sigue los medios que juzga mas análogos á su objeto. ¿Será capaz la materia de que está formado su cuerpo de inventar semejante plan de ideas, y de seguirlas sistemáticamente? Si no es pues el cuerpo, dice un sabio, el que piensa, delibera, y el que me decide á obrar conforme á las reglas de prudencia, luego hay en mí otro principio, á quien estas funciones corresponden. ¿Se habrá producido á sí mismo este principio? ¡Absurdo grosero, manifiesta locura criarse uno á sí mismo! Luego hay una causa superior que ha dado el sér al principio de estas operaciones. ¿Esta causa por ventura es la materia? ¡Ah! cerebros destornillados, ¿no conocéis que la materia es incapáz de pensar ni combinar, no puede dirigir estas operaciones? Confesad pues de buena fe que el principio de ellas es un

alma, una inteligencia espiritual, criada por Dios, y donada al hombre para hacerlo á su imágen y semejanza.

Sírvanse decirnos estos discípulos de Epicúro ¿si serán obra del *acaso*, ó concurso casual de los átomos estos sentimientos que el hombre experimenta en sí mismo de ternura, de amor, de sujecion, de respeto, de proteccion, de reconocimiento, de rectitud, y los talentos necesarios para combinar y dirigir sus desig- nios? ¡Ah! ¿Quién no ve aqui la mano del Omnipotente, que reserva para el hombre estos caractéres para hacerlo capaz de ser útil á la iglesia y al estado, con arreglo al plan dispuesto por su eterna sabiduria? ¿Quién osará en fin negar que los vínculos de la naturaleza, de la dependencia, del comercio y de la sociedad sean una demostracion evidente de la divinidad del Criador, que formó en tiempo, y sostiene

hasta el dia, al universo?

¿Pero qué digo? Estaba reserva- do á los deistas de los últimos si- glos estos discípulos de Epicúro y ateistas prácticos desmentir el tes- timonio de toda la antigüedad, el de todas las obras primigénias que caen baxo nuestros sentidos, la voz misma de la naturaleza y todo lo que publica demostrativamente la gloria de su Criador. ¡Ah! ¡Qué torrente de desórdenes, dice un sabio, inun- darian la tierra si llegase á preva- lecer el sistema de los materialis- tas! Si todo fuese efecto del movi- miento de la materia y del acaso, faltaria en los hombres la reflexion, la libertad, la probidad, la justi- cia, la virtud, sin mas ley que la casual y varia disposicion de la ma- teria. El crimen vendria á ser neces- sario é inocente, y seria inútil é in- justo castigar al parricida, como se- ria locura castigar á una piedra, cuya caida hubiese muerto á un hombre.

Dexemos pues delirar á estos impios, que por poner á cubierto la relaxacion de sus costumbres y desarreglo de sus pasiones favorítas, han dicho en su corazon ingrato: *no hay Dios*; contra los testimonios irrefragables de todas las naciones, de sus propios sentidos, del remordimiento de sus conciencias y de la voz misma de la naturaleza, que publica la gloria de su Hacedor; y adoremos nosotros en espíritu y verdad una primera causa de todos los seres visibles é invisibles; un Dios único, inmenso, libre, infinito, independiente; que nos crió á su imágen y semejanza, en cuya virtud nos movemos, vivimos y somos; que lo dirige todo con suavidad y fortaleza á sus eternos designios, y á quien invocamos con el dulce nombre de *Padre*. Pero de todas estas verdades y demas contenidas en el símbolo de nuestra fe, os hablaré por su órden en las siguientes pláticas.



## PLÁTICA IV.

EXPLICACION DE ESTAS PALABRAS DEL  
SÍMBOLO: CREO EN DIOS PADRE  
TODOPODEROSO.

SEÑORES:

Por dos justos é inefables títulos somos obligados á confesar é invocar á Dios por *Padre*. En primer lugar, porque es Padre natural del Verbo eterno, á quien engendra de su propia substancia por toda la eternidad; y en segundo, porque habiendo tomado este Verbo divino nuestra humana naturaleza, por obra del Espíritu Santo en el seno virginal de una Virgen, para redimirnos del pecado, nos adoptó misericordiosamente por sus hijos,